

EL VERBO DE DIOS, JESUCRISTO Y LAS RELIGIONES DEL MUNDO

Es clásica ya en los tratados de cristología la distinción entre el Cristo de la fe y el Jesús histórico. Para el caso que nos ocupa, el del diálogo interreligioso, tema de este artículo del P. Dupuis, la pregunta que se plantea es la de saber hasta qué punto no podría postularse una acción salvífica del Verbo que fuera más allá de la acción, históricamente limitada, de Jesús de Nazaret, sin caer en planteamientos que el mismo P. Dupuis califica de logocéntricos, los cuales mermarían la unión que hay, y debe haber, entre el Verbo como tal y el Verbo encarnado. El artículo que presentamos es una respuesta a esta cuestión, basada en la fe de la iglesia en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, tal como la proclamó el concilio de Calcedonia. Creemos que los planteamientos del P. Dupuis, son muy clarificadores y contribuyen a iluminar este campo tan urgente y difícil, como es el del dialogo interreligioso.

Le Verbe de Dieu, Jésus Christ et les religions du monde, Nouvelle Revue Theologique 123 (2001) 529-546

INTRODUCCION

En mi libro *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso* sugería el modelo de una cristología trinitaria y pneumatológica como modelo de una teología del pluralismo religioso. Este modelo, preservando el valor constitutivo de Jesucristo para la salvación de toda la humanidad, ayudaría a reconocer la aportación salvífica de los caminos de salvación propuestos a sus fieles por otras tradiciones religiosas.

La solución para resolver el dilema aparente entre las dos afirmaciones consiste en unir tres maneras complementarias y convergentes por las cuales, en el único designio de Dios para la humanidad, la salvación llega a los individuos en las circunstancias concretas de su vida. Estos elementos son: 1) la actualidad permanente y la eficacia universal del acontecimiento-Jesucristo, a pesar de la particularidad histórica de este acontecimiento; 2) la presencia operante universal del Verbo de Dios cuya acción no se limita a la existencia humana que ha asumido en el misterio de la encarnación; 3) la acción universal del Espíritu de Dios, no limitada ni agotada por su efusión a través de Cristo resucitado y glorificado.

No abordaré aquí el aspecto pneumatológico. Me limitaré al problema de saber cómo combinar adecuadamente la acción del Verbo de Dios y la eficacia del acontecimiento-Jesucristo.

¿Qué relación hay entre el Verbo de Dios y el hombre Jesucristo, o entre el Jesús prepascual y el Cristo pascual? Estas cuestiones, sin ser nuevas, adquieren nuevas dimensiones en el contexto de la teología de las religiones. ¿Quién es el Salvador: Jesucristo o el Verbo de Dios? ¿Cómo puede tener eficacia el acontecimiento-Jesucristo más allá de los límites que le imponen el espacio y el tiempo, siendo históricamente limitado y particular? ¿Debemos minimizar el alcance salvífico del acontecimiento histórico a favor de la acción universal del Verbo de Dios que no conoce límites? Así se concluiría que, en realidad, sólo salva el Verbo de Dios, mientras que el significado del acontecimiento-Jesucristo consiste en un testimonio de la acción salvífica del Verbo. O, salvaguardando la eficacia salvífica de Cristo resucitado para quienes han reconocido en él el sacramento de su salvación, se limitaría dicha eficacia a los que han creído en él. Mientras los cristianos son salvados por la mediación de Jesucristo, los miembros de otras tradiciones religiosas obtienen la salvación gracias a la acción universal del Verbo de Dios. ¿No postula esta afirmación dos economías paralelas de salvación, destruyendo así la unidad orgánica del plan divino de salvación para la humanidad?

El paradigma “logocéntrico” separaría la acción del Verbo de Dios del acontecimiento-Jesucristo de dos maneras: primera, considerando que la acción del Verbo representa una economía de salvación diferente de la que ha tenido lugar en Jesucristo y paralela a ésta; segunda, siendo única la economía de salvación, no se atribuye ya la acción salvífica al Verbo humanamente encarnado y actuando, sino al mismo Verbo, independientemente de su existencia humana, sea cual sea el significado que se le pueda continuar atribuyendo a esta existencia humana en orden a la salvación.

Para no separar indebidamente la acción universal del Verbo de la eficacia salvífica del acontecimiento-Jesucristo, hay que demostrar que, a pesar de la identidad personal del Jesús histórico y el Verbo, los dos aspectos son distintos y, sin embargo, permanecen unidos en el único plan divino para la humanidad, de manera que no podemos separarlos ni considerarlos como representantes de dos economías de salvación distintas. A pesar de no haber estado jamás separadas la una de la otra, la acción del Verbo sigue siendo distinta de la del ser humano Jesucristo, incluso en su estado de resucitado y glorificado. La acción del Verbo de Dios y la eficacia del acontecimiento-Jesucristo se combinan como dos aspectos inseparables en la única economía de salvación querida por Dios para la humanidad. Mientras que el acontecimiento-Jesucristo es realmente “constitutivo” de salvación universal, las otras vías en las que actúa el Verbo de Dios juegan un papel salvífico para sus seguidores en el orden de salvación, en el marco del mismo plan divino.

Debe mantenerse firmemente la identidad personal de Jesucristo con el Verbo de Dios, así como la identidad de Jesús y el Cristo. Esta identidad personal con el Hijo de Dios confiere una singularidad única a la existencia humana de Jesús y le atribuye un alcance salvador universal. Leemos en la *Redemptoris missio*: “Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres. Estos sólo pueden entrar en comunión con Dios gracias a Cristo, bajo la acción del Espíritu. Su mediación, lejos de ser un obstáculo, es el camino que el mismo Dios ha mostrado. No se excluye el concurso de otras mediaciones, cuyo valor viene *únicamente* de la de Cristo. Dichas mediaciones no son ni paralelas ni complementarias... Es contraria a la fe cristiana cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo. Jesús es el Verbo encarnado, Persona única e indivisible. No puede separarse Jesús del Cristo. Este carácter único de Cristo le confiere un alcance único y universal. No hay que perder de vista la unidad de los diversos aspectos del misterio de Cristo. Al descubrir las riquezas espirituales con las que Dios ha beneficiado los pueblos, no podemos separarlas de Jesucristo, centro del plan divino de salvación” (5 y 6).

Por una parte, la clave está en la “no separación” entre el Verbo de Dios y Jesucristo y, por otra, entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe. Debe preservarse la identidad personal entre uno y otro porque el ser humano de Jesús ha sido asumido por la persona divina del Verbo en el misterio de la “unión hipostática”. Por esto no pueden separarse la eficacia salvífica del Verbo y el alcance salvífico del acontecimiento histórico de Jesucristo de una manera tal que atribuyera la acción salvífica exclusivamente al Verbo, independientemente y en perjuicio de la humanidad de Jesús..

La distinción-en-la-unidad entre la acción del Verbo y el acontecimiento histórico de Jesucristo persiste en el plan divino de salvación, único y de múltiples aspectos, para toda la humanidad. Esto nos permitirá sacar consecuencias respecto a la pluralidad de las vías por las que la acción salvadora de Dios llega a las personas en las diversas tradiciones religiosas. El modelo logocéntrico no logra combinar el poder salvador del Verbo como tal y el del Verbo hecho hombre en Jesucristo. Ello crea en principio una dicotomía entre logocentrismo y cristocentrismo, concebidos como paradigmas que se excluyen. Pero, lejos de excluirse mutuamente, la acción salvadora del Verbo en tanto que tal y la del Verbo hecho hombre en Jesús pueden y deben combinarse, si queremos darnos cuenta de la pluralidad de vías concebidas por Dios para la salvación de la humanidad.

Todo dependerá del tipo de relación que se reconozca entre el Verbo de Dios como tal y el mismo Verbo en su existencia humana en Jesucristo. ¿Pueden de tal manera separarse el uno del otro que la acción salvífica sólo pertenecería al Verbo como tal, incluso si puede ser conocido a través de Jesucristo? O, por el contrario, ¿están tan unidos en su distinción mutua que la acción salvadora universal deba atribuirse necesariamente a los dos, en el marco general del plan divino a favor de la humanidad? No hay contradicción ni oposición entre una presencia operante universal del Verbo de Dios y la significación salvadora única del acontecimiento-Jesucristo, sino correlación y complementariedad. Ambos aspectos se combinan y armonizan en el plan divino de salvación. La acción del Verbo como tal va más allá de los límites de tiempo y espacio y, por consiguiente, su poder salvador no puede restringirse identificándolo simplemente con el acontecimiento histórico de Jesucristo. Pero también la inserción personal del Verbo de Dios en la historia de la humanidad, a través del misterio de la encarnación, confiere al acontecimiento histórico de Jesucristo, en el despliegue de la historia de la salvación, un valor y alcance únicos que le convierten en “constitutivo” de la salvación humana universal.

LA ACCION UNIVERSAL DEL VERBO

“La afirmación neotestamentaria de la unicidad del hombre-Cristo como ‘el camino’, ‘único mediador’, ‘único nombre’ en quien los hombres pueden encontrar la salvación, no elimina la fe en el Logos (cf. el prólogo joánico), por quien todos pueden ser salvados y en quien todos los caminos pueden converger. Quien era ‘la verdadera luz que, viniendo al mundo, ilumina todo hombre’ es el mismo que ‘se ha hecho carne’ en ‘la plenitud de los tiempos’ en Jesucristo” (*Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*). La acción del Logos como tal, después de la encarnación, o incluso después de la resurrección y glorificación de Jesús, no se encuentra circunscrita ni limitada por la humanidad de Jesús. Una vez que ha tenido lugar en la historia, la encarnación del Verbo dura para siempre. La acción del *Logos como tal* no se limita a esta humanidad que perdura, incluso en su estado glorificado de resucitado. El prólogo del evangelio de Juan puede interpretarse tanto como explicación de una acción salvadora universal no sólo del *Logos* antes de la encarnación, sino del *Logos como tal*, después de la encarnación y resurrección.

Para Xavier Léon-Dufour, el Prólogo de Juan, hasta el versículo 14 (a pesar del inciso de los v.6-9), tiene presente la acción del Logos como tal a lo largo de la historia de la humanidad desde el principio, y no a Jesucristo, como piensan ciertos exegetas para todo el prólogo (por lo menos, desde el v. 6). El *Logos* ha actuado desde el principio de la creación (v. 2-5) como principio de vida y luz, estableciendo una relación personal entre Dios y los seres humanos: “viniendo al mundo”, como la Sabiduría de Dios (Sirácida 24), es fuente de luz para todos, y ha dado el “poder de llegar a ser hijos de Dios” a quienes le han acogido (v. 9-12). Escribe Leon-Dufour: “Esta iluminación, en la medida en que es acogida, produce la filiación divina incluso antes de que el *Logos* tome figura, independientemente de toda alusión explícita a Jesucristo... Ya se ha hablado de la venida del *Logos* en 1,10s: ‘estaba en el mundo’, ‘vino a los suyos’. El *Logos* es el Dios que se comunica. La comunicación no ha empezado con la Encarnación, sino desde la creación, y sigue a lo largo de la historia de la revelación. La encarnación del *Logos* marca un cambio radical en el modo de comunicación... En adelante (la revelación) se expresa a través del lenguaje y en la existencia de un hombre entre los otros: la concentración en un hombre permitió a la revelación de Dios formularse directamente de forma inteligible y abrir a todos el acceso a una comunicación definitiva con él... (A pesar de la novedad introducida por la encarnación) esta nueva etapa no suplantó la precedente, El *Logos* sigue expresándose a través de la creación de la que es autor y gracias al testimonio que se da de la Luz; muchos pueden acogerle y llegar a ser hijos de Dios. Pero, a partir de ahora, la revelación se concentrará sobre todo en Jesucristo (1,17)”.

Según J. Dupont, Juan utiliza intencionadamente el término *Logos* para subrayar la actividad universal de quien “estaba vuelto hacia Dios”, “al principio”. Escribe: “Utilizando el término *Logos*, el apóstol no pretendía decir lo que Cristo es en sí mismo, sino mostrar que su acción sobre el mundo no ha empezado con su vida terrestre, sino desde el principio. Juan identifica a Cristo con la palabra de Dios *ad extra*, con la Palabra creadora que Dios dirige el mundo, no para decirnos lo que es la persona de Jesús sino para hacernos ver hasta dónde se extiende su acción en el universo”.

D. Mollat pone de relieve que la acción universal del Verbo sigue hoy en día. A propósito de Jn 1,9 escribe: “En este versículo se revela explícitamente esta venida del Verbo en el mundo, implícitamente afirmada en los v. 4 y 5... Esta luz verdadera ‘ilumina todo hombre’. Se trata de su papel propio y de su acción continua. Esta acción debe comprenderse en el sentido de esta iluminación sobrenatural de la que nos habla el v. 4: una iluminación salvífica por la cual el hombre es instruido y liberado, transfigurado y santificado, y juzgado. La fuerza iluminadora de esta verdadera luz se extiende a todo hombre. Así se afirma la relación personal de todo hombre con el Verbo”.

Y. Raguin puede justificar la posibilidad de salvación de todos los seres humanos que no han conocido el Verbo encarnado, antes o después de la encarnación, invocando el conocimiento que han tenido del Verbo-no-encarnado, del Verbo como tal. “Los que no han conocido el Padre por el Verbo encarnado le conocerán en su Verbo no encarnado. Todos pueden conocer el Verbo de Dios sin conocerle en su encarnación... El Verbo de Dios es la vida de toda cosa y esta vida es la luz de los hombres. Todos podemos hacer esta experiencia de vida convertida en luz y entrar en la intimidad del Padre, mediante la unión con el Verbo. La mayoría de la humanidad puede entrar en relación con Dios, fuente de vida y de amor, sin haberse encontrado con Jesús ni haberle conocido”.

Otro autor reciente (B. Senecal) escribe: “No identificándose directamente el *Logos* con Jesucristo, es fácil concebir una acción reveladora del *Logos* a través de la historia de salvación, no sólo antes, sino también después de la encarnación”.

Se da, pues, una acción del Verbo de Dios, más allá de la acción salvadora de la humanidad de Jesús, incluso en su estado de resucitado y glorificado, sin separar esta acción continua del acontecimiento en el que tiene lugar la insuperable “concentración” de la autorrevelación redentora de Dios, conforme al único plan divino para la salvación de la humanidad. Esta continua acción iluminadora y vivificante del Verbo como tal se encuentra “en correlación” con la “concentración” de salvación divina en el Verbo encarnado en Jesucristo y con la actualidad permanente del acontecimiento histórico a través de su estado de resucitado. La encarnación marca “la profundidad no superada –ni superable– de la autocomunicación de Dios a los seres humanos, el modo supremo de inmanencia de su estar-con-ellos”, de hecho la “clave interpretativa” de todo el proceso de auto-compromiso de Dios con los seres humanos a lo largo de la historia.

En el dogma cristológico de Calcedonia hay dos aspectos complementarios que deben afirmarse y ser tenidos en cuenta a la vez. En Jesucristo están unidas la naturaleza divina y humana “sin división ni separación”, “sin confusión, sin cambio”. Aun estando “hipostáticamente unidas”, las naturalezas siguen siendo “distintas”. La herejía monofisita con absorber la auténtica naturaleza humana de Cristo en la naturaleza divina. Hoy en día se manifiesta el peligro monofisita, primero, sosteniendo una cierta absorción de la naturaleza humana en la naturaleza divina, asociada a una vaga transferencia de los atributos divinos al hombre Jesús, en virtud de una interpretación errónea de la *communicatio idiomatum*. Pero también, segundo, suponiendo una cierta absorción de la naturaleza divina por parte de la naturaleza humana, al reducirse la naturaleza divina a la medida de la naturaleza humana. Mientras la naturaleza humana de Jesús se encuentra unida al Verbo divino, los atributos divinos de la persona del Verbo se han perdido, o han quedado reducidos a la dimensión de la naturaleza humana. Me refiero a las “teorías kenóticas” del siglo XIX, que parecen amenazarnos hoy en día. Sin embargo, según el dogma calcedonio, la naturaleza divina y la humana siguen siendo distintas y enteras en la unión de las naturalezas. No puede hablarse de una disminución de la divinidad, que la reduciría a la dimensión de lo humano, ni de una absorción de humanidad por lo divino. El lenguaje, empleado por Calcedonia para expresar la unión en la distinción de las dos naturalezas, fue retomado por el concilio de Constantinopla III al nivel de voluntades y de “operaciones”. También estos dos elementos, sin estar separados, siguen siendo distintos el uno del otro. Mientras la acción humana de Jesús es efectivamente la acción del Verbo, la acción divina del Verbo sigue siendo distinta de su acción humana.

En su *Tomus ad Flavianum*, escribía san León Magno: “Así como Dios no ha sufrido cambios a causa de su misericordia, tampoco el hombre ha sido absorbido por la majestad. Una y otra naturaleza llevan a cabo, en comunión con la otra, lo propio: el Verbo hace lo que le corresponde al Verbo, y la carne ejecuta lo que pertenece a la carne ... Y como el Verbo no abandona la gloria que tiene en la igualdad con el Padre, así la carne no abandona la naturaleza de nuestra raza”. Añade el Concilio de Constantinopla III: “No hay una única operación natural de Dios y de la criatura, para evitar elevar la criatura hasta la esencia divina y rebajar la sublimidad de la naturaleza divina hasta la criatura”.

“El Verbo no abandona la gloria que tiene en la igualdad con su Padre”, haciéndose hombre. Sigue llevando a cabo, en unión con su Padre, las acciones que le pertenecen en razón de la naturaleza divina: la mediación en la creación, la acción iluminadora universal hacia los seres humanos, incluso el don a estos últimos de poder llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12). “El acontecimiento-Jesucristo, por muy inclusivamente presente que sea, no agota el poder del Verbo de Dios, hecho carne en Jesucristo” (*Hacia una teología cristiana*, etc.).

Del dogma calcedonio se deduce que la acción divina del Verbo, por su misma naturaleza, no puede reducirse al modo en el que se expresa el Verbo a través de su acción humana en Jesús. La acción divina del Verbo no se “circunscribe” ni “agota” en su expresión a través de la naturaleza humana, ni se “reduce” a ella. El dogma cristológico clásico confirma que existe una acción continua del Verbo de Dios como tal, más allá de todo condicionamiento por la naturaleza humana del Verbo encarnado, incluso en su estado glorificado. La acción salvadora de Cristo resucitado no agota el poder “iluminador” y “vivificante” del Verbo de Dios.

Haciéndose hombre, el Verbo de Dios sigue siendo Dios. Y si el Verbo sigue siendo Dios, sigue

actuando como Dios, más allá de la propia acción humana. La acción humana de Cristo resucitado no “agota” el poder salvador divino del Verbo. Hay un “excedente” del Verbo como tal en relación al Verbo encarnado. La naturaleza divina trasciende a la naturaleza humana, hipostáticamente unida a la persona divina. La persona es una, el Verbo divino, en la permanente distinción de naturalezas y acciones. La acción de las dos naturalezas sigue siendo distinta, a pesar de la unidad de la persona. La acción del Verbo como tal “supera” la del Verbo encarnado en su humanidad glorificada. Así podemos tener una visión positiva de las otras tradiciones religiosas como portadoras de una acción divina del Verbo de Dios y de caminos de salvación divina.

EL ACONTECIMIENTO JESUCRISTO: UNIVERSAL Y PARTICULAR

La identidad personal de Jesucristo con el Verbo de Dios debe ser afirmada claramente. Jesucristo no es otro que el Verbo de Dios hecho hombre en la historia. No puede presumirse ninguna separación que contradiga esta identidad personal. Esto forma parte del significado esencial de la “unión hipostática”. Esta unión existe y perdura a través de dos estados distintos, kenótico y glorificado, de la existencia humana de Jesús. La misma humanidad del Verbo de Dios encarnado está implicada en las dos situaciones. Esta humanidad comienza a existir en el tiempo con el misterio de la encarnación y está sujeta al condicionamiento del tiempo y del espacio; pero persiste más allá de la muerte en su estado glorificado y resucitado, donde se ha convertido en “tranhistórica” o “metahistórica”, y como tal ha sobrepasado el condicionamiento normal del tiempo y del espacio. Esta transformación real del ser humano de Jesús a través de su resurrección es la que confiere a su existencia humana, y en particular al acontecimiento pascual de su muerte y resurrección, un valor salvífico universal. Por esta transformación, el acontecimiento-Cristo, constitutivo de salvación humana, está inclusivamente presente y permanece actual a través del tiempo y del espacio.

La significación única del acontecimiento-Jesucristo, en tanto que “constitutivo” de salvación universal – del cual habla la tradición cristiana -, debe ser claramente establecida sobre su verdadero fundamento teológico. Yo he sugerido que en último análisis, ella se basa sobre su identidad personal en tanto que Hijo de Dios. Y escribía: “Ninguna otra consideración parece suministrar un fundamento teológico adecuado. Los valores “evangélicos” que él promueve, el Reino de Dios que él anuncia, el proyecto o “programa” humano que él propone, su opción por los pobres y los marginados, su denuncia de la injusticia, su mensaje de amor universal: todas estas cosas contribuyen sin ninguna duda a establecer la diferencia y la especificidad de la personalidad de Jesús: ninguna de ellas sería, sin embargo, decisiva para hacerle ‘constitutivamente único’ o para hacerle reconocer como tal”.

Pero a través del misterio e la encarnación, el Verbo de Dios está él mismo insertado personalmente y de manera decisiva en la realidad humana y en la historia del mundo. En él Dios ha establecido un vínculo de unión con toda la raza humana, que no podrá ser roto jamás. Como afirma la Constitución *Gaudium et Spes*, “por su encarnación, de alguna manera, el Hijo de Dios se ha unido él mismo a todo hombre”. La Encarnación representa la forma más profunda e inmanente posible del compromiso de Dios a favor de la humanidad en la historia. Todo el acontecimiento-Cristo, de la encarnación a la resurrección y a la glorificación, sella sobre una base durable una alianza decisiva establecida por Dios con la humanidad. El acontecimiento permanece a lo largo de toda la historia como sacramento de esta alianza. En este sentido, el acontecimiento-Jesucristo ocupa un lugar único e irremplazable en la historia de la salvación. Es realmente “constitutivo” del misterio de salvación para toda la humanidad.

Sin embargo, continúa siendo verdad que el acontecimiento histórico de Jesucristo es necesariamente particular y está circunscrito por los límites que le imponen el tiempo y el espacio. La historia humana de Jesús pertenece a un punto preciso en el espacio y en el tiempo. El misterio de la resurrección es en sí mismo un acontecimiento inscrito puntualmente en la historia humana, aunque introduzca el ser humano de Jesús en una condición metahistórica. Y si es verdad que en y a través del estado glorificado del Resucitado, el acontecimiento histórico de salvación se hace presente y permanece actual en todo tiempo y lugar, también es verdad, como se ha dicho más arriba, que este acontecimiento no agota – ni puede agotar - el poder revelador y salvador del Verbo de Dios. Si bien no puede hacerse separación alguna entre el ser humano de Jesús y la persona del Verbo de Dios, tampoco se las puede identificar, pues las dos naturalezas permanecen distintas en el seno mismo de su unión personal.

En este sentido, es legítimo preguntarse si la manera de expresarse de algunos de los primeros Padres de la Iglesia, estaba enteramente justificada cuando ellos afirmaban que en la encarnación, había sido revelado el “Verbo en su totalidad” (*totum Verbi*). San Justino – por citar un ejemplo – escribe que, mientras que fuera de la encarnación el Verbo ha sido comunicado “parcialmente” (*kata merous*), en Jesucristo “el Verbo se ha manifestado en su totalidad para nosotros”. Y añade: “Una cosa es poseer una simiente (*sperma*) y un parecido proporcionados a sus facultades, otra cosa la realidad misma, cuya participación e imitación proceden de la gracia que viene de él”. He argumentado que el *Logos*, cuyas “semillas” (*spermata tou logou*), según san Justino y san Ireneo, se encuentran fuera de la cristiandad, no es otro que el *Logos* del prólogo de Juan. Es por él que Dios se comunica universalmente a los seres humanos, aunque su autorrevelación en la carne humana de Jesús posee una densidad completamente particular. Contra la opinión, a menudo expresada, según la cual el *Logos* de los primeros Padres se referiría simplemente a la razón “humana” naturalmente presente en todo ser humano, se ha subrayado, de manera significativa, que “la distinción (entre los dos modos de revelación del Verbo, fuera de y en la encarnación) no puede ser asimilada ni identificada a la de una teología ulterior entre el orden natural y el sobrenatural; no hace sino remarcar una diferencia de claridad, de certidumbre, de plenitud”. En Jesucristo y fuera de él, es el mismo Verbo de Dios quien se ha revelado y manifestado.

Sin ninguna duda el Verbo se ha manifestado en Jesucristo de la manera más profundamente humana que pueda jamás concebirse, y por tanto la más adaptada a nuestra naturaleza humana. Pero, paradójicamente, esta forma eminentemente humana de automanifestación comporta en sí, y en razón de su misma naturaleza, sus propias limitaciones e imperfecciones. El Verbo de Dios supera todo lo que el ser humano de Jesús, personalmente asumido por él, es capaz de manifestar y de revelar. Jesucristo, en su humanidad, es pues el sacramento universal del misterio de salvación ofrecido por Dios a toda la humanidad por la mediación de su Verbo (y de su Espíritu); pero el Dios que salva por su intermediario permanece más allá del ser humano de Jesús, incluso en su estado glorificado, a pesar de su identidad con el Verbo. Jesucristo resucitado y glorificado no substituye al Padre, y su existencia humana glorificada no toma tampoco el lugar del Verbo mismo, jamás plenamente revelado por su manifestación histórica.

Llegamos así a la afirmación de una diversidad y de una multiplicidad de manifestaciones divinas por el Verbo de Dios a lo largo de toda la historia humana. Estas manifestaciones no tienen todas lugar al mismo nivel y tampoco tienen el mismo valor o significación. Sin embargo, son todas “Logofanías”, en el sentido de que son autorrevelaciones de Dios por medio de su Verbo. En este sentido los primeros Padres de la Iglesia podían considerar las teofanías del Antiguo Testamento como manifestaciones de Dios a través de su Verbo, es decir “Logofanías”. Para Ireneo, toda la economía de la salvación consistía en diversas manifestaciones divinas a través del Verbo: sigue, sin embargo, siendo verdad que la encarnación del Verbo de Dios en Jesucristo – que él había “preparado” en el curso de sus precedentes intervenciones en la historia humana – , ha “aportado una novedad total” (*omnem novitatem attulit se ipsum afferens*), porque señalaba la venida personal del Verbo de Dios en la carne.

Esto quiere decir que la acción salvífica de Dios, que opera siempre en el cuadro de un diseño único, es una y presenta al mismo tiempo aspectos diferentes. No hace jamás abstracción del acontecimiento-Jesucristo, en el cual encuentra su más alta densidad histórica. Sin embargo, la acción del Verbo de Dios no se restringe por su llegar a ser históricamente hombre en Jesucristo; y la acción del Espíritu de Dios en la historia tampoco está limitada a su efusión sobre el mundo por Cristo resucitado y glorificado. La mediación de la gracia salvífica de Dios a la humanidad comprende dimensiones diferentes que deben ser reconocidas, combinadas e integradas.

El acontecimiento-Cristo, aunque esté inclusivamente presente en todo tiempo y lugar a través de la humanidad glorificada de Jesús, no agota el poder del Verbo divino de Dios hecho carne en Jesucristo. La acción del Verbo supera los límites impuestos a la presencia operante de la humanidad de Jesús, incluso en su estado glorificado, así como la persona del Verbo excede la naturaleza humana de Jesucristo, a pesar de la unión hipostática. Así se puede comprender cómo elementos “de verdad y de gracia” pueden encontrarse en las otras tradiciones religiosas del mundo, y como, para sus adeptos, estos elementos sirven de “camino” o de “vías” hacia la salvación. Es el Verbo de Dios quien ha derramado sus semillas en las tradiciones religiosas. Estas semillas tampoco deben ser consideradas como “simples signos” humanos que esperan una

automanifestación divina en un futuro indeterminado. Forman una automanifestación y un don de sí divinos reales, por incompletos que sean.

El infinito poder “iluminador” del Verbo divino – que era “la verdadera luz que, viniendo al mundo, ilumina a todo hombre” (Jn 1,9) – ha estado actuando universalmente antes de su manifestación en la carne y sigue actuando a lo largo de toda la historia de salvación, incluso después del acontecimiento-Jesucristo y más allá de los confines de la cristiandad. Como ya lo habían visto los primeros apologistas, las personas individuales podían de hecho ser iluminadas por el Verbo, quien es la única fuente de luz divina. No se trataba solamente de personas individuales, Sócrates, Buda y otros, que han recibido del Verbo una verdad divina; también proyectos y esfuerzos humanos, la “filosofía” griega así como la sabiduría asiática, han podido ser las vías por las cuales la luz divina ha alcanzado a las personas.

Las tradiciones religiosas, donde se conserva la memoria de experiencias de verdad divina hechas por los videntes y los profetas de diversos pueblos, contienen elementos de “verdad y de gracia” que el Verbo ha sembrado en ellas y por medio de las cuales su poder iluminador sigue operando. El Verbo de Dios todavía hoy sigue derramando sus simientes en el corazón de las personas y en sus tradiciones religiosas. La verdad revelada y la gracia salvífica están presentes en ellas a través de su acción.

Es importante preservar la unidad del plan divino para la salvación de la humanidad, que abraza a toda la historia humana. El hacerse-hombre del Verbo de Dios en Jesucristo, su vida humana, su muerte y resurrección, son el punto culminante del proceso histórico de autocomunicación divina, la bisagra que sostiene todo el proceso, su clave hermenéutica. La razón es que la “humanización” del Verbo indica la profundidad insuperada - e insuperable - de la autocomunicación de Dios a los seres humanos, la modalidad suprema de su ser-con-ellos.

Pero no se puede permitir que la centralidad de la dimensión encarnatoria de la economía salvífica de Dios eclipse la presencia y la acción permanentes del Verbo de Dios. El poder iluminante y salvífico del Verbo no está delimitado por la particularidad del acontecimiento histórico. Trasciende todas las barreras de espacio y de tiempo. Sin embargo el acontecimiento-Jesucristo histórico, que es constitutivo de salvación, y la acción universal del Verbo de Dios, no representan dos economías de salvación diferentes y paralelas: al contrario, son aspectos complementarios e inseparables del plan divino único, pero diversificado, para toda la humanidad.

CONCLUSIÓN

Mi intención era mostrar que un modelo de cristología trinitaria nos puede ayudar a ver como las dos afirmaciones pueden ser combinadas: por una parte el acontecimiento-Jesucristo es constitutivo de la salvación para toda la humanidad, y por otra parte, las “vías” propuestas por las otras tradiciones religiosas tienen un auténtico valor salvífico para sus seguidores. Así se puede, de una cierta manera, descubrir en el cuadro del único plan divino para la humanidad, la significación del pluralismo religioso en el cual vivimos.

Lejos de rivalizar entre ellas, las diferentes vías propuestas por las diferentes tradiciones religiosas componen, con el cristianismo, la totalidad del plan divino de salvación para la humanidad. Sin embargo, hay que recordar siempre que en realidad no son las tradiciones religiosas las que salvan, sino Dios mismo por medio de su Verbo y de su Espíritu. Las diferentes vías conducen a la salvación porque han sido trazadas por Dios mismo en su busca de los seres humanos; y aunque no todas tengan la misma significación y no representen el mismo nivel de compromiso divino con las personas, sin embargo todas ellas convergen en el plan único concebido por Dios desde la eternidad. La manifestación escondida del Verbo de Dios por la interpretación de videntes de otras religiones y a través de las tradiciones que éstos originan, así como la venida histórica del Verbo en la carne de Jesucristo, del cual da testimonio la comunidad cristiana, se unen en la globalidad de un único plan divino.

La tarea de una teología cristiana del pluralismo religioso es descubrir la anchura y profundidad del plan divino para la humanidad, que refleja en la historia la inmensidad del misterio divino. Sin pretender jamás sondear el plan divino salido de la misma vía divina, debemos acoger con gratitud su generosidad y su munificencia – quizás jamás imaginadas antes- , que brotan del amor infinito de Dios. Como dice la Escritura,

“Dios es más grande que nuestro corazón” (1 Jn 3,20).

Tradujo y condensó: JOAQUIM PONS